

## ¿Culturas o enclaves?

### *Culturas bananeras. Producción, consumo y transformaciones socioambientales*

JOHN SOLURI

VITA RANDAZZO

(Traducción)

Siglo del Hombre Editores,

Universidad Nacional de Colombia,

Bogotá, 2013, 396 págs., il.

ESTE LIBRO corresponde a la versión castellana de *Banana Cultures*, publicado en 2005 por la Universidad de Texas y se ocupa de estudiar la historia del banano en la costa norte de Honduras o, más exactamente, las relaciones entre esa región y las compañías bananeras de los Estados Unidos. Para abordar el tema se propone un análisis interdisciplinario en el que se mezclan las Ciencias Sociales, particularmente la Historia, las Ciencias Naturales, tales como Biología y Ecología, y los estudios literarios en la perspectiva de elaborar una historia socioambiental de la producción y comercialización del banano.

El autor anuncia al comienzo del libro su intención de derrumbar algunos de los mitos que se han erigido con respecto al accionar de las compañías de los Estados Unidos en nuestro continente. En este caso se trataría de demostrar que Honduras no ha sido una República Bananera, ni que la United Fruit Company o la Standard Fruit Company implantaron economías y sociedades de enclave, sino que, por el contrario, la historia es más compleja como para reducirlas a esas denominaciones. Como veremos más adelante nada de esto se logra en la obra que comentamos.

El título resulta discutible porque se habla de *culturas* en plural, lo que lleva a pensar que se analizarán varias regiones, productos o historias, pero no hay tal, porque lo que se estudia en forma exclusiva es la región norte de Honduras. Es una cultura bananera específica (aunque en rigor calificarla como cultura es un eufemismo, ya que se está hablando de un “enclave”) la que se estudia con detalle y cuidado, porque las consideraciones que se hacen sobre otras regiones bananeras de América Central son absolutamente marginales.

Seguramente, el autor utiliza el plural por la sencilla razón de que eso resulta más comercial como título de un libro –para dar la impresión que no se circunscribe a un solo país, o incluso a una única región de un país– con el fin de atraer más lectores, o porque al incorporar los hábitos de consumo del banano que se desenvuelven en los Estados Unidos se está estudiando un tipo de cultura. En este caso estamos hablando de dos cosas diferentes, que no pueden ser presentadas como similares y ser reducidas al término de cultura. Nos referimos en concreto a que es algo muy distinto producir el banano en las zonas de enclave –término que el autor se niega a utilizar–, en donde los trabajadores son sometidos a diversas formas de explotación y sufren en carne propia la contaminación, y consumirlo a cientos o miles de kilómetros de distancia en los mercados de los Estados Unidos. Aunque las dos fases están inextricablemente unidas, y forman parte de un mismo proceso en el que se vinculan producción y consumo, no resulta muy convincente fundir esos dos polos con la denominación simple de culturas bananeras. Esto no quiere decir que no sea importante estudiar la cultura popular del consumo del banano que se moldeó en los Estados Unidos durante el siglo xx, lo que el autor hace con destreza; el asunto estriba en darle la misma importancia –que no la tienen– a la producción (y sobre todo a las condiciones de producción y a las relaciones que se tejen alrededor) y al consumo. Desde luego, se puede argüir que sin consumo no hay producción, lo cual precisamente recalca uno de los aspectos críticos de la monoproducción y la dependencia que caracterizan la relación histórica entre periferias y metrópolis, como lo testifica el caso de Honduras y los Estados Unidos, respecto al banano. Esas diferencias se explican porque la expansión del capitalismo (término que el autor no emplea), y el desarrollo desigual de la implantación de las compañías imperialistas en los países periféricos, vienen aparejadas de diversas formas de explotación, sometimiento y saqueo. Estas condiciones no pueden reducirse a diferencias culturales. Ni más faltaba, porque el asunto es más profundo e involucra distintas formas de configuración del capitalismo en los países

centrales y en los dependientes, cuya explicación fundamental se encuentra en la producción.

En los dos primeros capítulos se detalla cómo se configuró la cultura del consumo de banano en los Estados Unidos. Para ello, se recurren a diversas fuentes (canciones, poemas, novelas, publicidad...) de la cultura popular de ese país, a través de las cuales se muestra la forma como el banano ingresó en la vida cotidiana de sus hogares. Así mismo, se recrean los prejuicios racistas y clasistas que se derivaron del consumo del banano, en los que afloraba la tradicional visión de los sectores dominantes en los Estados Unidos (que se transmitió a gran parte de la población), en la que dicho fruto se asociaba a los pobres, juzgados como perezosos e inferiores, que habitaban en los países productores, y los ecosistemas de estos territorios eran vistos como zonas desérticas, abandonadas y salvajes que debían ser sometidas y conquistadas por la “modernización yanqui” (término que se emplea en el libro).

En lo que el autor hace un aporte sustancial como propuesta analítica y metodológica es en el ámbito socioambiental. En este plano, se analizan las consecuencias ambientales y humanas que ha tenido la producción de banano. Esta significó la transformación drástica y acelerada de los ecosistemas existentes, en los cuales se derribaron bosques, se secaron pantanos, se construyeron puentes y ferrocarriles, y se erigieron pueblos y ciudades. Un ingrediente adicional se encuentra en el impacto destructor del uso de agroquímicos y fertilizantes que contaminan los suelos, las aguas, el aire, aniquilan plantas y animales de la región y envenenan a los trabajadores y sus familias, generando nuevas enfermedades y malformaciones.

Estos aspectos son estudiados con cuidado a lo largo del libro, pero en especial en los capítulos 4, “Sigatoka, tecnociencia y control” [págs. 177-212], y 7, “La química” [págs. 299-330]. Allí se realiza un pormenorizado análisis que parte de la siguiente premisa: el aumento en la producción de banano homogenizaba la producción, que se concentró en la variedad Gros Michel apetecida en los Estados Unidos, por lo cual se redujo la biodiversidad y se incrementaron los riesgos para las

HISTORIA		RESEÑAS
<p>plantas de ser atacadas por nuevos organismos patógenos. Eso fue lo que sucedió con la difusión del Mal de Panamá (un hongo que ataca las raíces de la planta hasta que esta muere) y la Sigatoka (un hongo que ataca las hojas de la planta y reduce su producción y su calidad). A medida que se extendían estas enfermedades, las respuestas de las compañías se centraban en implementar innovaciones técnicas y en incentivar la investigación química para combatirlos. Esto, sin embargo, en lugar de solucionar el problema lo agravaba, y además se hacía a costa de los trabajadores y sin contar con lo que a ellos les sucediera. Este tipo de control altamente tecnificado de los patógenos concentraba aún más la tierra y la producción en manos de las compañías estadounidenses, porque debido a los costos de los insumos químicos, los pequeños y medianos productores no podían competir, aunque no fueran despojados de sus tierras. Además, para combatir las enfermedades en un principio las compañías optaron por abandonar la tierra y someterla al sistema de roza y a ampliar la frontera bananera. Con este procedimiento eran necesarias grandes extensiones de tierra, lo que conducía a que las empresas la acapararan, a costa de los campesinos y pequeños productores.</p> <p>Como parte de la “guerra química” que se libró contra los patógenos del banano se regaron en la atmósfera y los suelos miles de toneladas de agrotóxicos, entre los que sobresalieron el caldo bordelés (sulfato de cobre), urea y Nemagon. La situación adquiría un tinte perverso, hasta el punto que en el proceso de aplicar los agrotóxicos se crearon nuevos tipos de trabajo y de trabajadores, que fueron denominados “veneneros”. Ellos se encargaban de sumergir en tinas de ácido y de agua los racimos de bananos, con lo que se evidenciaba que el control de la Sigatoka “requería de algo más que tecnologías importadas: el sistema de fumigación requería de ‘nativos’ que realizaran esas tareas tediosas, sucias y físicamente exigentes” [págs. 197-198].</p> <p>Estos “nativos” –trabajadores hondureños– en verdad no les interesaban a las empresas bananeras de los Estados Unidos, tampoco al gobierno hondureño, puesto que eran considerados “otro insumo” integrado a una cadena</p>	<p>de control de patógenos, con el objetivo de obtener un plátano de excelente calidad (sin un solo punto negro) que fuera aceptado por los consumidores del país del norte. A esos trabajadores que se ocupaban de esparcir el veneno las compañías los denominaban con el eufemismo de “cuadrillas de fumigación” y los obreros con el apropiado nombre de veneneros. En el libro <i>Prisión verde</i>, del líder sindical y dirigente del Partido Comunista Ramón Amaya Amador, redactado en 1950, se señalaban ya las consecuencias nefastas del uso de agroquímicos para combatir la Sigatoka:</p> <p>Recuerda todo lo que ha oído decir de los regadores del “veneno”: que se les introduce el líquido en los pulmones y el cerebro; que todos terminan tuberculosos; que en el hospital del puerto los médicos han abierto a varios “veneneros” y que les han encontrado verdeazules hasta los intestinos; que por muy fuertes que sean los hombres, en pocos meses mueren secos, como picados por culebra “bejuquilla” [citado, pág. 201].</p> <p>Este mismo autor anotaba que el veneno mataba a los trabajadores como si se los hubiera devorado el bananal: “Fue como caña en trapiche. La compañía obtuvo el jugo de su energía vital y, ya exprimida, tira el bagazo” [citado, pág. 202].</p> <p>Cuando los trabajadores enfermaban se convertían en un estorbo para las compañías bananeras de los Estados Unidos, que acudían al método “humanitario” de darles 100 lempiras para que se fueran a morir lejos de los terrenos del enclave. Algo similar a lo que hacía la Tropical Oil Company en la explotación petrolera en Barranca-bermeja en la década de 1920, cuando expulsaba a sus trabajadores enfermos del territorio del enclave.</p> <p>John Soluri introduce un elemento fundamental para el análisis de la explotación bananera, que puede extenderse al estudio de toda la agricultura capitalista contemporánea: la responsabilidad de los técnicos y científicos al servicio de las empresas multinacionales que diseñan nuevos agrotóxicos y que lo hacen pensando en aumentar la productividad de las cosechas –lo cual incluso a largo plazo no es cierto–, pero sin considerar los efectos sobre los</p>	<p>ecosistemas y los seres humanos, en forma directa los trabajadores agrícolas, porque los insumos menos importantes son los trabajadores y los hábitats locales. Desde luego, esa misma indiferencia sobre los costos reales de la producción de banano (es decir, su impacto en los trabajadores y en el medio ambiente donde se produce), caracteriza a los consumidores de banano en los Estados Unidos, porque sus hábitos de consumo se mueven con otra lógica diferente, propia de la mercadotecnia y la publicidad, en donde nunca se menciona a los trabajadores que hacen posible la producción de bananos.</p> <p>En términos de historia social, <i>Culturas bananeras</i> presenta serias limitaciones, porque aunque, a través de las entrevistas se rastrean las formas de trabajo y de producción, esas entrevistas se limitan precisamente a estos tópicos, pero no se ve interés por parte de su autor de penetrar en el origen y formación de los trabajadores, en sus costumbres, tradiciones, uso del tiempo libre y formas de lucha y resistencia. Aunque este último asunto se toca circunstancialmente no se le da la debida importancia, como se demuestra con el hecho que no se estudian en profundidad las huelgas y luchas de los trabajadores bananeros, como las de 1932 y 1954. Estas se mencionan –sobre la última se dice que fue la acción obrera más importante en la historia de la costa norte de Honduras contra las compañías bananeras–, pero en sí, como hechos específicos, no son estudiadas. Aunque a partir de las entrevistas se intenta recrear las condiciones de trabajo en el capítulo 5, “Retorno a la prisión verde” [págs. 213-256], queda el sinsabor que esta reconstrucción sociológica es poco satisfactoria y no recoge muchos aspectos fundamentales de la cultura de los trabajadores.</p> <p>Es paradójico que el autor se niegue a emplear la noción de “enclave”, por considerarla demasiado rígida, pero que todo lo que se describe a lo largo del libro no pueda ser entendido al margen de ese concepto. En efecto, cuando se habla del trabajo en el capítulo 5, se concluye que existía una segregación física y social entre los trabajadores hondureños y los administradores y empleados de alto rango de los Estados Unidos de las compañías fruteras. Los trabajadores eran sometidos a</p>

diversas formas de explotación; se les contaminaba durante jornadas intensas de trabajo; cuando estaban enfermos se les expulsaba para que se murieran lejos de los campos de la empresa; se les alojaba en barracas estrechas, que no tenían duchas y los trabajadores se veían obligados a bañarse en ríos y lagunas circundantes; se establecieron comisariatos que eran manejados en forma directa por las empresas bananeras, en los cuales los trabajadores debían gastar su salario; no tenían acceso a agua potable ni contaban con adecuadas condiciones higiénicas. Además, las compañías tenían el control pleno de los campos y podían expulsar a un trabajador cuando se les antojara. El autor lo enfatiza al decir:

Los espacios habitados por los trabajadores [...] estaban definidos en gran parte por el control que las compañías fruteras ejercían sobre el movimiento de personas, dinero y bienes de consumo. Dentro de los campos, la organización del espacio servía para reforzar las desigualdades que prevalecían [pág. 253].

Todo esto representa un enclave agrícola, y no se gana mucho intentando decir que en Honduras no había enclaves ni ese país tampoco era una República Bananera, como lo hace Soluri. No se avanza mucho si se piensa que la realidad cambia, porque se le coloca simplemente otro nombre. ¿O cómo puede entenderse el hecho que la United Fruit Company cuando abandonaba un campo de producción de banano levantaba, y esto era literal, los rieles del ferrocarril y los puentes y edificios que había construido, para que no los pudieran utilizar los campesinos y trabajadores lugareños? ¿Si esto no corresponde al comportamiento de un enclave, qué es?

**Renán Vega Cantor**

Profesor titular,  
Universidad Pedagógica Nacional